

DEL CARMELO DE COMPIEGNE AL DIALOGO DE LAS CARMELITAS : MISTERIO PASCUAL, COMUNIÓN DE LOS SANTOS Y MARTIRIO

Georges Bernanos (1888-1948) forma parte de la pléyade de escritores católicos que en la primera mitad de nuestro siglo volvieron, en la literatura francesa, a los grandes temas religiosos, demasiado tiempo abandonados. Junto con Paul Claudel, Henri Guéon, François Mauriac y Julien Green, Bernanos contribuyó a recordar a los hombres de esta época, triste y desesperanzada, que no están solos en la tierra y que su existencia se enraiza en el misterio del Dios Viviente manifestado en Cristo, su salvador. Charles MOELLER ha dicho con razón: "La clave de la obra de Bernanos es el misterio pascual; muerte pero también vida"¹. Este aserto cobra especial significado al referirlo a su *Diálogo de las Carmelitas*.

Esta fue su última producción. Murió a los pocos meses de terminarla: el 5 de julio de 1948. Cabe tomarla, pues, como su festamento espiritual y el resumen de su propia experiencia: una vida signada por la angustia que compartía con sus contemporáneos, pero iluminada por la fe. Sus Carmelitas dialogan entre sí, pero al mismo tiempo parecen prestar sus voces a muchos corazones religiosos de nuestro siglo, minados por la contradicción. Y esto no es casual, pues hace a la esencia misma de la vida consagrada con votos: las religiosas se hacen cargo de la condición humana renovando en su vocación el misterio pascual de Cristo. Recogen la angustia, herencia de Adán, —quien quebró su relación con Dios y quedó quebrado—, y la reviven en su inserción eclesial con el Segundo Adán, que la conoció en grado infinito. —*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*— y la asumió para vencerla en su muerte y resurrección.

1. Charles MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Madrid, Ed. Gredos, 1961, t. II, p. 465.

Las Carmelitas a las que hace hablar Bernanos expresan la contradicción humana del cristiano —el sentirse lejos de Dios y sin embargo saberlo cercano— y son conscientes de su papel peculiar dentro de la comunión de los santos. Saben también que el comprometerse estrechamente con el misterio pascual de Cristo puede llevarlas a manifestarlo ya no sólo en su vida oculta, sino públicamente bajo la forma de martirio. En este sentido, la obra también revela algo permanente. Lo que sucedió bajo el Terror, en aquella Francia de pasiones desatadas, tras la Revolución de 1789, puede volver a suceder (y de hecho ha sucedido en nuestro siglo). Pero estos acontecimientos, reales o probables, a pesar de su apariencia sombría se encienden con su sentido salvífico y son fuente de esperanzada alegría.

Además de su valor intrínseco, dos coincidencias justifican el ocuparnos del *Diálogo de las Carmelitas*: el haberse recordado el año pasado el centenario del nacimiento de Bernanos (y los cuarenta años de su muerte), y el conmemorarse ahora los doscientos años de la Revolución Francesa. Bernanos no entra en la problemática ideológico-política de la misma, pero al inspirarse en un hecho real, logra reflejar la atmósfera de la época.

Acercarnos a la historia verídica interesa, pues, doblemente: por ella misma y por el tratamiento artístico que le da Bernanos, que pone en evidencia su profundo sentido y su repercusión universal.

I. EL HECHO HISTÓRICO: LAS DIECISEIS CARMELITAS DE COMPIÈGNE, MARTIRES EL 17 DE JULIO DE 1794

El Carmelo de la Anunciación de Compiègne había sido fundado en 1641.

Hacia 1692 una carmelita (la Hermana María Isabel, que murió en olor de santidad en 1720) había tenido un sueño: vio en él a un grupo de carmelitas subiendo al cielo, cada una con la palma del martirio en la mano, y este sueño profético se había transmitido de generación en generación durante todo el siglo XVIII.

En 1789 tiene lugar la llamada Revolución Francesa, cuyo lema "Libertad-Igualdad-Fraternidad" revelaría bien pronto su significado hostil a la Iglesia y a la vida religiosa católica. Tras la confiscación de los bienes del clero, la Asamblea Nacional, el 29 de octubre de aquel

mismo año, declaró suspendidos los votos religiosos en los monasterios y conventos. Luego, el 13 de febrero de 1790, la misma Asamblea proclama que, "por humanidad hacia esas víctimas enclaustradas", desliga de los votos a cuantos los habían pronunciado para que puedan retornar a la vida civil, y estatuye que las congregaciones y órdenes religiosas quedan suprimidas en adelante. En vano los superiores de los conventos y monasterios enviaron una súplica a la Asamblea Nacional, atestiguando que sus religiosos y religiosas no deseaban cambiar de estado. Había que obedecer a la ley, por más absurda que fuese.

El 5 de agosto de 1790 llegaron a la Anunciación de Compiègne los ejecutores de aquella ley, con soldados; mandaron abrir las puertas y penetraron en la clausura. "Os traemos —decían— la buena nueva de vuestra liberación; ahora podéis volver al seno de vuestras familias sin temor y gozar al fin de la felicidad que han querido quitarnos al encerraros en este triste lugar..."² Evidentemente se necesitaba coraje para afirmar la fe ante tales perseguidores, pero al ser interrogadas personalmente, una por una, las monjas dieron la misma respuesta: estaban contentas con su estado y deseaban vivir y morir en su convento. Y la Hermana María de la Encarnación (sobreviviente) cuenta que "viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos por proveernos de una libertad ridícula, se retiraron". Por el momento se les permitió continuar su vida en común, aunque pocos meses después volvieron para "obligar a las hermanas a votar libremente una superiora de su gusto". ¡Como si la elección de priora no fuera libre en el Carmelo y en todas las demás órdenes! Y unánimemente la elección recayó en la misma que fuera priora desde 1787: la Madre Teresa de San Agustín.

Esta admirable mujer, elegida y reelegida, era el perfecto modelo de la carmelita según el espíritu de santa Teresa de Ávila: fiel a la observancia de las reglas, "estrictísima para consigo misma", austera y mortificada, era a la vez "maternal y suave" para con sus hijas, "atenta a sus necesidades materiales", "exigente en vistas a su santificación" pero con discernimiento y equilibrio. Y puesto que la misión de las carmelitas dentro de la Iglesia es una misión de oración y de expiación por los demás, entendió que este puesto era tanto más significativo en las circunstancias que les tocaba vivir. Tenía bien pre-

2. *Histoire de Sens*, 1836, por Soeur MARIE DE L' INCARNATION; Marie ANDRÉ, *La véridique histoire des Carmélites de Compiègne*, Paris, 1962.

sente que santa Tèresa había enviado las primeras carmelitas a Francia dos siglos antes, durante otra época de grandes calamidades para ese país (la época de las Guerras de Religión); por lo tanto correspondía ahora reactualizar la inmólación: "puesto que santa Teresa puso tanto celo en orar por una patria que no era la suya —decía—, cuánto más debemos hacerlo nosotras por nuestra propia patria". Así, pues, reunió a sus hijas y les propuso "hacer un acto de consagración" ofreciéndose como "holocausto"; en unión con el sacrificio del Redentor, para obtener la paz en el país y en la Iglesia. Todas la comprendieron muy bien, y libremente se ofrecieron. El deseo de martirio no excluía, por cierto, el miedo, lo que humildemente reconocían: Sabían, además, que el dar testimonio de Cristo es una gracia, por lo cual quedaban a la espera de la voluntad de Dios.

Y la vida cotidiana siguió como siempre por fuera; sólo por dentro las almas se preparaban, sin saber bien a qué. El 12 de septiembre de 1792, las Carmelitas de la Anunciación recibieron la orden de abandonar su convento. Debían separarse, afrontar lo desconocido: sin embargo, el día en que salieron, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, todas se sentían "enriquecidas con la Cruz de Cristo para el sacrificio que él les pedía". La Madre Teresa dispuso que se repartieran en tres casas de la vecindad, y allí continuaron bajo su tutela, trabajando para ganarse el pan y ejerciendo una influencia apostólica entre quienes las rodeaban. Por aquel entonces perdieron a su capellán, expulsado del país por no querer prestar el juramento cismático en una pretendida Iglesia autónoma de Francia. Pasaban los meses y las guillotinas de París trabajaban sin descanso. Las cabezas del Rey y de la Reina cayeron. Finalmente, el 21 de junio de 1794, las Carmelitas fueron acusadas por un vecino de seguir viviendo "bajo el régimen fanático del claustro" y de "mantener una correspondencia criminal con los fanáticos de París". Los comisarios que las detuvieron recogieron como pruebas de su culpabilidad algunos papeles, entre ellos novenas, cartas de sacerdotes, y lo que consideraban la prueba más grave: un cántico al Sagrado Corazón de Jesús. La comunidad había propiciado este culto desde que santa Margarita María de Alacoque lo diera a conocer, el siglo anterior: culto aún no muy difundido pero que era considerado emblema contra-revolucionario a raíz de que las fuerzas populares que luchaban en la Vendée contra las armas de la Revolución lo habían tomado como divisa.

Justamente, el decreto de san Pío X por el cual eran beatificadas las Carmelitas de Compiègne indica: "Un juez inicuo las condenó a

muerte por ser fieles a su Instituto (es decir, a la vida religiosa) y por su devoción al Sagrado Corazón de Jesús". De hecho, ellas pensaban que su acto de consagración se unía de manera inefable "a la efusión de sangre del Corazón de Jesús" y a su pasión redentora.

Conducidas a otra casa de religiosas convertida en prisión, abandonadas a las necesidades más elementales de alimento e higiene, al menos reencontraron allí la vida comunitaria de oración, hasta que días más tarde fueron llevadas en carreta hasta la Conserjería de París: atadas, empujadas, insultadas, pero incólumes en su fe. "Pobrecitos —decía una, refiriéndose a sus perseguidores—, compadezcámoslos porqué están ciegos y no saben lo que hacen...!". El sueño profético de hacía un siglo estaba por cumplirse, y justamente en la tarde del 16 de julio, Fiesta de Nuestra Señora del Carmen, recibieron la noticia de que el Tribunal Revolucionario las juzgaría al día siguiente. Ahora bien, como durante el interrogatorio y luego en la condena a muerte, varias veces oyeran repetir la palabra "fanatismo", una de ellas tuvo la audacia de preguntar qué entendían por ello, insistiendo tanto que, en medio de injurias, recibió por respuesta: "Por fanatismo entiendo vuestra obstinación en creencias pueriles y en vuestras tontas prácticas de religión". Ante lo cual la religiosa, volviéndose a la Priora y al resto de sus hermanas, exclamó: "¡Somos condenadas por nuestra fidelidad a la santa religión! ¡Lo han declarado! ¡Qué felicidad la de morir por nuestro Dios!".

La ofrenda había sido aceptada, y ellas, cantando se encaminaron a su calvario. Viéndolas sobre las carretas, a las que llamaban entonces "tumbas rodantes", las gentes quedaban maravilladas: salmodiaban el *Miserere*, entonaban la *Salve Regina*, y el *Te Deum*. Al descender en la actual Plaza de la Nación, donde se elevaba la guillotina, cantaron el *Veni Creator* y renovaron sus promesas de bautismo y sus votos religiosos. El silencio era total a su alrededor. La Priora, Madre Teresa, pidió y obtuvo ser decapitada la última. Y, empezando por la novicia, y siguiendo por las mayores, el salmo de alabanza continuó, entrecortado regularmente por los hachazos de la guillotina, cada vez con menos voces, hasta quedar sólo una, la de la Priora, que a su turno calló.

Las dieciséis Carmelitas de Compiègne fueron declaradas auténticas mártires por san Pío X en 1905, y beatificadas el 27 de mayo de 1906.

II. EL DIALOGO DE LAS CARMELITAS DE BERNANOS³

El interés por el martirio de las Carmelitas se reavivó a raíz de su beatificación. La primera en tomar el tema para la literatura fue Gertrudis von Lefort: su novela *La última en el cadalso* apareció en 1931. De allí lo retomó el P. Raymond Brückberger, para hacer un guión cinematográfico. A su vez este guión fue la fuente de Georges Bernanos, quien lo convirtió en una pieza dialogada en cinco cuadros y diecisiete escenas, escrita entre 1947 y 1948.

Su *Diálogo de las Carmelitas* obtuvo un pronto éxito al ser adaptado por Albert Béguin y Marcelle Tessencourt y representado en 1952 en el *Teatro Hébertot* de París, y retomado en 1957 bajo forma operística en la *Scala* de Milán con música de Poulenc.

Bernanos manifestó haber trabajado en condiciones desfavorables: estaba en Túnez cuando compuso su obra y contaba solo con esta fuente indirecta, que ya había obrado ciertas transformaciones en la realidad histórica, agregando personajes, como el de la primera Priora y el de la novicia Blanca de la Force, haciendo responsable del voto de martirio a la Subpriora María de la Encarnación, e incrementando el papel de la otra novicia, la Hermana Constanza.

Sin embargo, puesto que el arte es transfiguración de lo real, transfiguración que tiende por un lado, a bucear más hondamente en la realidad misma y a rescatar de ella aspectos esenciales, y por otro lado, a expresar el pensamiento del autor ante esa realidad que lo ha tocado y conmovido profundamente, hemos de atender ahora a la obra de Bernanos en este doble aspecto de su transfiguración.

En primer lugar, Bernanos enfoca la interioridad de esas almas: es allí donde se desarrolla el drama, allí resuenan los acontecimientos exteriores. Luego destaca el sentido del martirio y el misterio de la comunión de los santos, dos cosas que, por otra parte, están íntimamente ligadas y su presentación responde a la doctrina tradicional de la Iglesia.

El mártir, como la palabra misma lo dice, es un "testigo", testigo de Cristo, quien previno a sus discípulos que les tocaría la misma suerte que a él, su Maestro: *Mirad que yo os envío como ovejas en*

3. Los textos han sido tomados y traducidos de: Georges BERNANOS, *Dialogue des Carmélites*, Ed. du Seuil, Paris, 1949.

medio de lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas; y por mi causa seréis llevados ante gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué vais a hablar. Lo que tenáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros (Mt 10, 16-20). Y nuevamente los alienta: Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna (v. 28). Así pues, desde el principio, la Iglesia tuvo mártires y los tendrá hasta el fin. Sin embargo, cuando las primeras persecuciones, viendo la temeridad de algunos que buscaban por su cuenta el martirio haciéndose notar y desafiando a los poderes públicos, la Iglesia condenó esta pretensión, imponiendo la humilde prudencia que recomendará el Divino Maestro. El martirio es una gracia especial; enseña la Madre Iglesia, y sólo los llamados a él han de responder a tal gracia.

Bernanos destaca estas dos actitudes en su obra, desdoblando, por decir así, el único personaje de la Priora histórica. En lugar de ésta (Madre Teresa de San Agustín), nos presenta a una Priora prudente y una Subpriora temeraria. Ambas tienen ascendente sobre la comunidad, y a ambas se les ofrece la oportunidad de ejercerla por separado y de manera opuesta. El día en que conocen la decisión del gobierno de suspender los votos religiosos, la Madre María de la Encarnación se exalta y dice: "Al régimen impío que pretende suspender los votos, piensq que la comunidad entera debiera responderle pronunziando solemnemente el voto de martirio" (Cuadro IV, esc. VIII, p. 123). Y su exaltación se contagia a las demás. Aquí interviene la prudente Priora, quien responde: "No nos corresponde a nosotras decidir si nuestros nombres estarán o no, más tarde, en el breviario. No quiero ser de aquellos convidados de que habla el evangelio, que se arrojan el primer lugar en el festín con riesgo de ser relegados al último por el dueño de casa". Sin embargo, había sido ella misma la que diera pie a aquella exaltación, al decir antes: "Cuando faltan los sacerdotes, sobreabundán los mártires, y así se restablece el equilibrio de la gracia" (id.), y además, está lejos de descartar la posibilidad del martirio. Lo que ella destaca es la fidelidad a los votos religiosos, a la oración y la humildad, que por el momento son su único compromiso (¡Y más que importantes en esas circunstancias!).

Por su parte, la Madre María de la Encarnación aprovecha la oportunidad que se le presenta en el momento en que van a ser echadas del convento, durante la ausencia de la Madre Priora que ha tenido que viajar a París. Al quedar al frente de la comunidad, dado que la persecución del Régimen del Terror se ha acentuado, vuelve a proponer el voto, y todas, de acuerdo, lo pronuncian.

Además Bernanos contraponen en su obra la sencilla disponibilidad de la Priora a la voluntad de Dios —sea cual fuere—, al impulso de María de la Encarnación, en el que se mezcla el sentimiento de la propia “dignidad” y del “honor humano”.

Ahora bien, he aquí que las cosas se dan de tal manera que no le tocará a la temeraria y vanagloriosa padecer el martirio, sino a la dócil y maternal Priora, quien al regresar y enterarse no sólo no reprenden a sus hijas por el voto pronunciado, sino que “lo asume”, proclamando en su humildad: “Sí, me hago responsable de él; y os dejo su mérito, puesto que yo misma no lo he pronunciado” (esc.XII, p. 179). Y, aunque hasta el fin busca salvar a sus hijas, al llegar la hora las alienta y reconforta: “En fin, hijas mías, hay que morir. Bendito sea Dios que convierte el suplicio que vamos a padecer juntas en el último Oficio de nuestra querida Comunidad... Ha llegado el momento de recordar el voto... os someto a él bajo obediencia... con mi maternal bendición” (Cuadro V, esc.XIV, p. 183). Allí resplandece también la nobleza espiritual de esta humilde religiosa, al recordar que le ha sido dado el lugar que le correspondería a la Madre María de la Encarnación.

El desenlace opuesto pone bien en evidencia que el martirio es “gracia”: una gracia que se vuelve palpable a través de una vivencia eclesial; en el caso de las Carmelitas: la obediencia a una superiora cuya autoridad está refrendada por la Jerarquía. Así lo vivieron ellas, tanto en la realidad como en la recreación poética: como prolongación de sus votos eclesiales, como el “último Oficio de la Comunidad”.

En cuanto al dogma de la *comunidad de los santos*, no sólo en la obra se repite que las religiosas ofrecen su muerte cruenta por el Carmelo y por su patria, sino que también se manifiesta a través de las vivencias de algunos personajes. Blanca de la Fuerza, de quien en un momento dado se dice que debiera llamarse más bien “Blanca de la Debilidad”, padece de un miedo enfermizo, y pide entrar en la comunidad entendiéndolo que sólo allí podrá soportarlo, viviéndolo en unión con

la agonía de Cristo. Este es el nombre que desea recibir —Blanca de la Agonía de Cristo—, y esta es la única razón por la cual es admitida esta creatura insana, tan inapropiada al parecer para enfrentar las austeridades de las reglas de santa Teresa. Poco después de su ingreso, la Priora que la había recibido con ese nombre de la “Santa Agonía”, y que se siente por ello responsable, tiene en su última enfermedad, una agonía que la exigente Madre María de la Encarnación califica de indigna de una superiora, por no poder dominar el miedo que le provoca la muerte. En cambio una novicia llegada poco antes que Blanca, la Hermana Constancia, que se caracteriza por su alegría y espíritu de infancia, ve de manera muy distinta la agonía de su querida Priora: “¡Quién hubiera podido creer que le costara tanto morir...! Se diría que, en el momento de dársela, Dios se hubiera equivocado de muerte, así como en el cuarto de vestir nos dan un hábito por otro. Esa ha debido ser la muerte de otra, una muerte que no era a la medida de nuestra Priora, una muerte demasiado pequeña para ella, tanto que ni le entraban las mangas...”. Y, ante la consternación de su compañera, Blanca, agrega: “Quiero decir que aquella otra, cuando le llegue la hora de la muerte, se asombrará de entrar en ella tan fácilmente, y de sentirse allí cómoda... Hasta quizás se glorié de ello: ‘Ved cómo me queda, qué bellos pliegues...’. *Uno no muere para sí mismo, sino los unos para los otros, y hasta los unos en lugar de los otros, ¿quién sabe?*” (Cuadro II, esc. II, p. 66).

Con su mirada límpida, la fresca Hermana Constancia intuye la realidad misteriosa de la comunión de los santos. Luego se verá a quién le correspondió la muerte de la Priora: la miedosísima Blanca de la Fuerza tras haber vivido en constante terror y tras haber huído del convento, correrá al cadalso ligera, casi en un raptó de alegría... Y la misma Hermana Constancia contribuirá a ello por su parte. Días antes, ante la inminencia de la muerte por enfermedad de esta primera Priora, le había propuesto a Blanca ofrendar sus vidas por ella; y no sólo esto, sino además, después de explayar su gozo de vivir, comunicaba a su torturada compañera de noviciado su presentimiento de que habrían de morir jóvenes, y las dos juntas...

Este es otro desdoblamiento obrado por el arte, y con un propósito similar al primero. En la “historia verídica” no hay más que una sola novicia. En la pieza, aparecen dos: la angustiada y la serena; la que, en continua tensión, busca la fuerza contra el miedo, y es cobarde, y la que se contenta con esperar, fundada en la esperanza teolo-

gal, y logra ser constante. El encanto y la espontaneidad de Sor Constan-
ciana atraviesan el drama aun en sus momentos más sombríos, con-
trastando con el miedo que paraliza a la otra novicia. Pero al mismo
tiempo se la ve pendiente de Blanca, atenta a compartirlo todo con
ella, especialmente esa enfermedad del miedo que quisiera ayu-
darla a sobrellevar.

Tal compañerismo, que no es sino una manera de vivir la comuni-
ción de los santos, llega a su extremo de delicadeza en la escena de la
formulación del famoso "voto de martirio". Su incitadora, la Madre
María de la Encarnación, ha expresado que lo harán sólo si todas es-
tán de acuerdo, y que bastaría una negativa para no realizarlo. Por
lo cual pide que cada una haga saber su opinión en secreto a su capel-
lán. Es entonces cuando a una de las profesas se le escapa en un mur-
mullo, mirando a Sor Blanca: "Apuesto que habrá una voz en con-
tra...". Y el dramaturgo subraya las expresiones respectivas de las dos
novicias: Blanca desenchajada como si jugara su decisión a "cara o
ceca", y Constanca observándola. Al terminar la votación, la Madre,
informada por el sacerdote, declara: "Hay una sola oposición", y
otra religiosa insinúa: "Ya sabemos cual...". No acaba de decirlo,
cuando Sor Constanca confiesa: "Soy yo". No se sabe si lo ha hecho
porque era su verdadero sentimiento o no, pero está claro, de todos
modos, que ha querido no dejar sola a su camarada... Y en-
tonces se apresura a corregir su voto, en un nuevo ímpetu de
solidaridad con su compañera:

Ella quería también transmitirle su confianza en el Niño Jesús,
que las Carmelitas honran bajo el nombre de "Reyecito de Gloria" y
que ella lleva casi siempre consigo, quizás como un símbolo de su
propio espíritu, de infancia: trasvasar a aquella alma complicada y
sombria algo de su simplicidad de niña, esa transparencia suya... Pe-
ro cuando de hecho se lo da, Blanca lo deja caer.

Y no se hermanarán del todo sino en la Santa Agonía de Cristo,
al asumirla a su vez Sor Constanca. En los diálogos que preceden al
desenlace, ella declara que no puede prever si tendrá o no miedo, si
podrá orar entonces, pero les dice a las demás que al menos confía
en su Ángel Guardián para que la ayude en esa hora, incierta. Con
esta sencillez, y no exaltada, acepta el martirio y contribuye, sin du-
da, a que lo acepte la mal apellidada Blanca de la Fuerza. Y es otra
manera de subrayar Bernanos la idea de que el martirio es "gracia",

de que "todo es gracia" en la vida de la Iglesia y que esta gracia se trasvasa de un miembro a otro del cuerpo místico de Cristo. Mas sin espíritu de infancia no hay recepción de la gracia: sólo los niños y los que son como ellos aceptan recibirlo todo como regalo.

En el *Diálogo de las Carmelitas* no hay drama exterior. Todo transcurre en el interior, en las almas que van siendo preparadas por Dios para participar en la Santa Agonía del Señor. Una de ellas dice: "En el Huerto de los Olivos Cristo ya no poseía nada. La angustia humana jamás subió tan alto y jamás habrá de alcanzar ese nivel. Ella lo había cubierto todo en él, salvo esa extrema punta del alma en la que se consumó su divina aceptación" (Cuadro V, esc. IX, p. 129). Y otra agrega: "Tuvo miedo de la muerte...".

La obra pone de manifiesto que ni el miedo ni la angustia son un impedimento para compartir la vida y la pasión de Cristo. Sólo el orgullo lo es. Por ello la Subpriora, que hace hincapié en el "honor", no consigue lo que intentaba con su voto. Dios no pone las condiciones que pone el mundo. No es el coraje el que hace al mártir sino la aceptación de la gracia del martirio. Y a la aceptación puede llegarse desde todos los estados de ánimo. En una ocasión la comprensiva Priora lo subraya: "Una comunidad tiene siempre su miembro fuerte y su miembro débil, y el fuerte y el débil son igualmente necesarios" (Cuadro IV, esc. VIII, p. 126). Hay una complementación entre los miembros del cuerpo místico, y lo que la gracia, que como la sangre corre por ellos, obra en ellos, no puede ser juzgado desde afuera. Nadie, ni siquiera el mártir, puede opinar sobre sus condiciones ni acerca de la importancia de su misión. No en vano las Carmelitas que se encaminan al patíbulo lo hacen cantando el *Veni Creator*: es el himno del Espíritu Santo, y ellas confían en que el Espíritu de Dios que todo lo crea, que alienta en todos los cristianos, les infundirá la verdadera fortaleza. Y hasta la última en el cadalso, la "pequeña Blanca de la Fuerza —dice Bernanos— despojada de todo miedo", recibe este don del Espíritu en la misteriosa comunión de los santos.

Y sigue la doxología litúrgica que ratifica la intervención divina y la correlación de la muerte en Cristo, de la que participan, con la resurrección:

"Deo Patri sit gloria
Et Filio qui a mortuis
Surrexit ac Paraclito
In sæculorum sæcula".

La muerte, que ha sido como una obsesión en la obra, aparece al fin como la puerta que se abre al gozo de la vida eterna gracias a la honda realidad vivida del misterio pascual.

Inés de CASSAGNE

CUADERNOS MONÁSTICOS

Tenemos ejemplares para
venta de los números
35, 42, 45, 46 - 47 y sg.,
y volumen especial de **ÍNDICES** 1 - 75.